

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 2

Vientos de Cambio

—¡Los de primer año!—resonó la voz de Hagrid, levantando su linterna como siempre y convocando a los nuevos estudiantes. James divisó fácilmente al semi-gigante sobre las cabezas de los estudiantes que desembarcaban mientras lo acordonaban en la plataforma de Hogsmeade, y la vista lo alegró. —¡Los de primer año por aquí a los botes! ¡Ahora aviven el paso! Sus equipajes serán llevados directamente. Síganme y cuidado al caminar.

—Ojalá pudiera volver a montar en los botes, —comentó Lily melancólicamente junto a James. —Mucho mejor que los carruajes, ¿no crees? —el siempre presente séquito de sus amigas gorjearon y estuvieron de acuerdo en todo. James se apartó no

queriendo ser visto junto a ellas. Después de todo él era de séptimo año y se esperaba que estuviera por encima de ir en compañía de un grupo de chicas de medio año. De menor importancia, sin embargo, (aunque nunca lo fuera admitir en voz alta) estaba medio resentido por la fácil popularidad que su hermana había cultivado durante los últimos años. Ella y sus amigas siguieron su camino apenas notando su partida.

Rose estaba esperando en la fila por los carruajes negros y el paseo hacia el castillo. James se unió a ella saludando a Ralph que se encontraba lejos en el final de la fila donde esperaba junto a algunos de sus compañeros Slytherin. Ralph lo saludó con timidez en respuesta. Había estado actuando un poco extraño desde que se habían encontrado en la plataforma nueve y tres cuartos.

—Si no lo conociera mejor— James comentó de forma vaga. —Diría que Ralph está tramando algo

—¿Nuestro Ralph? —aclaró Rose frunciendo el ceño y miró a un lado. —¿Ralph Deedle? Es tan astuto como un caramelo de menta. No contaría con eso.

El viaje en carruaje hasta el castillo fue un paseo familiar y espléndido, con el sol ocultándose detrás de las montañas y coloreando las nubes de rosa, morado y naranja acuarela. Frente a este panorama, el castillo de Hogwarts se alzaba, parecía inclinarse sobre su rocosa, cómoda y acogedora posición. Su infinidad de ventanas brillaban como deslumbrantes monedas de oro en el fondo de una piscina. James se encontró atiborrado en el carruaje con Rose, Morgan Patonia, Ashley Doone, Graham Warton y Joseph Torrance.

—¿Todos tuvieron un buen verano? —preguntó Graham con suavidad, parecía que simplemente lo decía por pasar el tiempo. James no respondió. En el otro lado, Joseph Torrance despejó su garganta. —Fui al circo de los hermanos Hocus cuando estuvo en Chudley. Los acróbatas flotantes y los elefantes malabaristas estuvieron geniales, pero Montague, el dragón amaestrado, fue lo mejor de todo.

—¿Qué hace? —preguntó Rose desde el asiento delantero. Ante ella, como siempre, James podía distinguir la forma esquelética de los thestral en su arnés, trotando por la sombra del castillo.

—Oh, cosas asombrosas, —Joseph se entusiasmó. —Trucos aéreos a través de anillos voladores, emanando fuego para encender antorchas sostenidas en las bocas de



los osos, equilibrando a todo un equipo de bailarines en su cola. Casi se comió a unas personas en la audiencia y aplastó a uno o dos puestos de la primera fila. Pero todo eso fue solo por espectáculo, estoy bastante seguro.

—Es una cosa peligrosa, arrastrar dragones alrededor del país en estos días, — Morgan inhaló. —He oído que el Ministerio está reprimiendo este tipo de eventos, con todas las fronteras debilitadas en lugares mágicos.

—¡Espero que no! —Ashley Doone se acercó a Morgan. —¡Quiero ver ese espectáculo cuando venga este invierno al Callejón Diagon! No hay forma de que *ese* sitio no sea lo suficientemente seguro para que se presente un circo mágico.

James suspiró para sí mismo, impaciente con el tema de la seguridad mágica después de su entrevista con Rita Skeeter. En el fondo, no creía que las cosas fueran tan mal como lo decían en los periódicos y tabloides, aunque sospechaba que esto fuera una falsa esperanza. Su padre nunca hablaba mucho sobre esto, no porque no hubiera nada qué decir, James sospechaba, sino porque no quería preocupar a su familia. Esto era bastante preocupante por sí solo, por supuesto, pero era una preocupación leve, sin especificaciones y fácil de olvidar.

—¿Escucharon sobre Damien Damascus y Sabrina Hildegard? —Rose preguntó de repente, girando sobre su asiento para mirar a James y Graham. —Salieron todo el verano y anunciaron su compromiso para casarse. ¿Pueden creerlo? ¡*Casarse!*

—Estás bromeando —Graham acusó sin rodeos.

Rose negó con la cabeza. —Ni un poco. Yo misma vi la invitación. Llegó por correo hace pocos días. Temática de horklump y hemlock.

Graham puso los ojos en blanco a regañadientes. —Bueno, eso es definitivamente Damien y Sabrina.

—No es realmente tan sorprendente cuando lo piensas, —Morgan suspiró. —Quiero decir, Sabrina tiene algunos puntos sobre él en el departamento de belleza, pero ellos eran como maja y mortero en la escuela. Me sorprende que no se les hubiera ocurrido antes, pues estaban destinados a serlo.

—Pero, —James finalmente habló. —¡No son lo suficientemente mayores para estar casados! Quiero decir ¿lo son?

Ashley se encogió de hombros. —Ahora son adultos, al menos técnicamente. Damien inició una pequeña práctica alquímica en Puddlemere y Sabrina está estudiando para su especialización en romper maldiciones. Mucha gente se casa joven. Es romántico, creo.

La mente de James se sacudió ante la idea. Para él, Damien y Sabrina seguían siendo compañeros y Gremlins, aunque ahora estén graduados. No parecía posible que ya estuvieran tan lejos en su vida de adultos, que estuvieran haciendo compromisos de por vida y opciones de carrera.

Poco después, la conversación pasó a otro tema, entre ellos la entrevista de James con Rita Skeeter. Les contó brevemente acerca de esto, asegurándoles que no era gran cosa, probablemente merecía unos cuantos centímetros en la última página del *Diario El Profeta*, algo que él sinceramente esperaba, pero no creía.

Bastante pronto el carruaje chirrió ante un alto en el patio principal bajo la puerta frontal abierta. James salió a toda prisa, junto con el resto de los estudiantes mayores a lo largo de la línea de carruajes negros y siguieron a Graham y Ashley por los escalones. La profesora McGonagall se quedó mirando junto a las puertas abiertas, su rostro tan sombrío y autoritario como siempre, con un pergamino desenrollado en su mano derecha. Lo miró críticamente, observando por encima de sus gafas mientras los estudiantes pasaban, uno por uno.

—Señor Potter, —dijo enérgicamente, dirigiéndose a él. —Señorita Patonia y Doone. Y usted también, señor Warton. Por favor, diríjense a la antesala detrás del Gran Comedor, y sean rápidos.

—¿Qué? —Graham vaciló. —¿Ya estamos en problemas?

—No si hacen lo que les digo. —la profesora respondió de manera cortante. —Y usted también señor Deedle —ella asintió hacia Ralph mientras subía los escalones para unirse a ellos. —Y sin detenerse por el camino en el comedor. No quiero ver migajas de galleta en el piso de la antecámara cuando llegue. —miró a Ralph intencionalmente. —Ahora dense prisa y lleven a cualquier otro estudiante de séptimo año con ustedes, si ven alguno. —con eso se despidió, volviendo su atención al pergamino en su mano.

Rose pareció ligeramente ofendida. —Bien entonces, —se burló ligeramente. —Sólo los de séptimo año, parece. Nos vemos luego, supongo.

— ¿Me pregunto de qué se trata todo esto? — James se preguntó mientras entraban en la sombra de la entrada principal, dirigiéndose hacia el resplandor del Gran Comedor y el ruido de los estudiantes.

— No tengo idea — Ralph se encogió de hombros. — ¿Crees que ella sabría si me como una galleta en el camino? Estoy muerto de hambre.

— No me arriesgaría si fuera yo y mi casa en línea, — protestó Graham palmeando a Ralph en el hombro. — Pero no es así, entonces yo digo que adelante señor Slytherin.

Ralph no lo hizo, pero al pasar por las mesas llenas de aperitivos recién horneados y platos y cubiertos a la espera, parecía algo tan fácil. Sobre sus cabezas, como siempre, cientos de velas flotantes formando una constelación de minúsculas llamas, brillando contra el oscuro cielo que parecía mágicamente impreso en las columnas y el techo abovedado. El enorme y ornamentado ventanal en la cabecera del vestíbulo brillaba con los matices de la puesta del sol, extendiendo su difusa luz sobre los estudiantes que se reunían, reían y charlaban.

Mientras James pasaba entre ellos, avanzando a lo largo de la mesa de Gryffindor hacia el frente del vestíbulo, se le ocurrió que tal vez estaba viendo el regreso a la escuela desde una perspectiva completamente equivocada. Este no solo era el último capítulo de su carrera en Hogwarts, después de todo, era el comienzo de su último hurra, un año lleno de completas semanas, meses y temporadas de aventuras y desafíos, nuevas experiencias, caras conocidas y recuerdos para el resto de su vida. Esto no hizo desaparecer el melancólico agujero que sintió en el tren, pero lo equilibró con la embriagadora anticipación del año por venir. El transcurrir del tiempo lo llevaría hacia su futuro lo deseara o no. Él podría aceptar el camino y disfrutar del paseo.

James, Ralph y el resto de los de séptimo año, subieron los escalones hasta el estrado en una línea esparcida, rodeando la mesa principal donde unos pocos profesores se estaban juntando y tomando sus asientos, y pasaron a través de la pesada puerta de madera de la derecha. James ya había estado en la antecámara solo unas pocas veces antes, pero la recordaba bien. Durante su primer año había sido testigo de la entrevista de Merlín con el padre de Ralph, en la que salió a la luz su verdadera herencia mágica como Dolohov. La habitación se veía exactamente igual ahora que en ese momento: una colección de sillas y sofás esparcidos de forma desordenada alrededor de una gran chimenea, actualmente gris, con ceniza fría y sin luz. Pinturas de diversas escenas



pastorales y retratos variados rodeaban las paredes, llena de pilares que sostenían el techo de la arcada. James reconoció una de las pinturas del boceto de un antiguo libro de pociones de Ralph: Una escena llena de gente representando la coronación del primer rey mago, Kreagle. En el rincón más alejado de la escena, estaba una figura de capa oscura que se apoyaba en una pared, fumando una pipa larga e ignorando los festejos. La figura miró a James mientras pasaba con ojos distantes pero vigilantes. Era Severus Snape, por supuesto, en uno de sus muchos disfraces en el retrato, manteniendo un ojo en los múltiples rincones y recovecos de la escuela.

—¿Alguien sabe de qué se trata todo esto? —Trenton Bloch preguntó, desplomándose sobre una silla de espaldar alto y golpeando con su rodilla el brazo tapizado.

—Es una tradición ¿no? —respondió Julian Jackson, la capitana del equipo de Quidditch de Hufflepuff, sentándose en un diván frente a la chimenea apagada, alisando primordialmente su falda. —Todos los años, McGonagall reúne a los de séptimo año para una charla secreta o algo así, aunque se les prohíbe hablar de ello después.

—Nunca me había fijado en eso antes. —comentó Ralph frunciendo el ceño.

—Afróntalo Ralph, —replicó Deirdre Finnegan ligeramente. —De lo que no te das cuenta podría llenar el Gran Comedor desde el suelo hasta el techo.

Detrás de ella, Kevin Murdock soltó una carcajada.

Ralph se volteó ofendido mirando a Deirdre con el ceño fruncido, pero James le sonrió y le dio un codazo.

Millicent Vandergriff estaba cerca de Julian Jackson, apoyándose ligeramente contra el brazo de un sofá. Se encontró con los ojos de James, le dirigió una sonrisa secreta y le guiñó un ojo. James asintió con la cabeza todavía sonriendo. Había cambiado el estilo de su cabello durante el verano. Su largo y lacio cabello había sido recortado hasta los hombros, haciendo que se balanceara un poco cada vez que giraba su cabeza. James se sorprendió menos de que ella se hubiera hecho ese cambio en lugar de que él realmente lo había notado. Millie Vandergriff siempre había sido solo un rostro de fondo en su mundo: graciosa, un poco severa y ruidosa en su lugar en la mesa de Hufflepuff, pero generalmente olvidable. El nuevo corte de pelo la cambió de alguna manera, al menos

en su mente. Por primera vez, no solo llamó su atención con una risa inteligente en los pasillos o un susurro en una inexplicable conversación frente a la puerta del baño de las chicas. Ahora, de repente, era una chica bastante atractiva y curiosa que, por alguna razón, tomó un interés enfocado en él.

Mientras James miraba, ella se sentó al lado de Julian y se enfrascó con la otra chica en una animada pero discreta conversación.

Después de unos minutos, la profesora McGonagall entró, trayendo consigo un aire de gravedad frenética. La habitación se calló de inmediato y la mayoría de los estudiantes se acomodaron en asientos o se cruzaron de brazos apoyándose en los pilares. La ex-directora rodeó la habitación hasta que se puso de espaldas a la oscura chimenea, con sus ojos en cada rostro haciendo un inventario rápido.

—Unas breves palabras mientras entran en su último año, estudiantes, —dijo sin preámbulo, bajando su voz gradualmente. —Como ustedes pueden imaginar, hay ciertas responsabilidades que van con llegar al séptimo año. Para bien o para mal, ahora son los portadores de todo lo que esta escuela representa. Sus compañeros de clase más jóvenes los buscarán como ejemplos de modelos a seguir. Algunos de ustedes asumirán esta responsabilidad y de hecho ya lo han estado haciendo a su manera. Otros, —hizo una breve pausa y pasó su mirada por varias caras, mirándolos por encima de sus gafas. —se resistirán por representar sus propios intereses y mucho menos los de sus compañeros. A los que caen en esta última categoría, permítanme ser perfectamente clara: esperamos lo mejor de ustedes. *La escuela* espera lo mejor de ustedes. Y ustedes deben esperar lo mejor de ustedes mismos. Pronto se embarcarán en un nuevo viaje fuera de estas paredes ya familiares y allí no encontrarán simplemente la disminución de puntos de sus casas por desobedecer las reglas. Présteme atención, porque esta puede ser la última vez que alguien les dé una advertencia. —hizo una pausa considerable, dejando que el peso de su mirada de hierro se asentara sobre la habitación como un manto frío. Luego, se suavizó ligeramente, levantó su barbilla y respiró.

—Hay sin embargo, ciertos privilegios que vienen con estas responsabilidades. —dijo con una nota casi renuente. —Les agradeceré, como podrán adivinar, no hacer alarde de esto con sus compañeros más jóvenes. Dejen que lo descubran como ustedes lo están haciendo ahora. —ella convocó un pequeño pergamino que desenrolló con sus finas manos y empezó a leer. —Según la tradición y el decreto administrativo, los



estudiantes de séptimo año no requerirán de un permiso especial para acceder a la sección restringida de la biblioteca.

James parpadeó y echó un vistazo alrededor de la habitación, curioso por ver si alguien más encontraba este privilegio particularmente emocionante. Rose se emocionaría con él, lo sabía, pero nadie más de los que asistió mostró más que una ceja levantada.

—Además, —prosiguió McGonagall, todavía leyendo el pergamino—Ciertas clases pueden ser reemplazadas con trabajo por una duración igual en trabajo de campo de la carrera de su elección, de acuerdo con el director y/o profesor relacionado, para no exceder más de noventa minutos por semana.

Esto produjo una respuesta de los estudiantes reunidos, que se miraron los unos a los otros y se agitaron en sus asientos, claramente emocionados ante la perspectiva de intercambiar tiempo de clase por alguna experiencia práctica, tal vez incluso fuera de la escuela. James miró a Ralph. Ambos le habían dado vueltas a la idea de ir al entrenamiento de Auror, más por falta de otras ideas que una pasión particular por la carrera. ¿Significaba esto que podían intercambiar realmente tiempo de clase por viajes al Ministerio de Magia con el papá de James? ¿Podrían realmente acompañarlos a él y a su compañero, Titus Hardcastle, en una incursión ocasional o en una investigación? Parecía muy tentador para considerarlo y sin embargo, tal vez, era realmente posible.

—El Bosque Prohibido aún está prohibido, —continúo McGonagall calmando el repentino siseo producto de los susurros que habían estallado en la habitación. —Sin embargo, con el permiso del director, el mío o del profesor Hagrid, ustedes pueden realizar sus propias expediciones en el bosque para cualquiera de los propósitos descritos en una lista, incluyendo pero no limitado a: recolección de ingredientes para pociones, observación de ciertas criaturas mágicas, jardinería y cultivos herbáceos y actividades recreativas limitadas.

—Además, —dijo la profesora bajando su pergamino. —Como muchos de ustedes pueden estar al tanto, este castillo está dotado con muchos pasadizos secretos, cámaras ocultas y comodidades sin marcar. Algunos de estos que seguramente habrán descubierto ya sea por exploración ilícita o por boca a boca de graduados poco escrupulosos. Algo que pueden haber utilizado hasta ahora en secreto y en parte, ahora se les otorga un acceso completo y genuino. Mañana en la noche a las diez en punto,

después de que sus compañeros de clase hayan sido confinados a las salas comunes y dormitorios, el Sr. Filch los llevará en una gira por estos pasillos. Ustedes no tienen permitido mapear estos sitios, registrar contraseñas, ni compartir de alguna manera su ubicación, uso, o beneficio con cualquier otro estudiante.

Aquí ella encontró los ojos de James y Ralph, intencionalmente. —¿Queda esto perfectamente claro?

James asintió, así como el resto de los estudiantes reunidos. Aun cuando lo hizo, se preguntó si esto era una promesa que verdaderamente podría cumplir. Se imaginó cómo reaccionaría Rose al enterarse de que habían guardado tantos secretos a ella. Probablemente moriría de indignación.

—Espero *puedan* cumplir estas reglas. —dijo McGonagall con deliberada y evidente duda en su voz. —Debido a que su libertad para utilizar tales comodidades depende totalmente de su capacidad para mantenerlos en secreto. Por favor, no quieran probarme en esto.

—Por último, —prosiguió, dando un profundo suspiro y retirando sus gafas, dejándolas colgadas de una fina cadena alrededor de su cuello. —Tengo una confesión que probablemente no sorprenderá a ninguno de ustedes, aunque, como todo lo ya dicho aquí, me gustaría mucho que mantuvieran esto en secreto hasta que yo haga una declaración oficial.

Volvió a mirar a la multitud de los de séptimo año, esta vez con una expresión tan suavizada como su siempre severo rostro permitía. —Les he servido tanto a ustedes como a esta escuela por muchos años más de los que jamás pensé posible. He sido honorada de atestiguar no solo su crecimiento y educación, sino también la de muchos de sus padres e incluso abuelos. Pero ahora, como parte de una bendición que seguramente es, encuentro que estoy lista para ponerle fin a mi larga permanencia. Este será mi último año como miembro del personal de Hogwarts. Mi cabaña, mis jardines, así como mi pipa y lo que queda de mi familia me aguardan. Mi única y exclusiva solicitud de ustedes, estudiantes...—aquí ella negó con su cabeza e, increíblemente, el rastro de una sonrisa torcida curvó sus labios. —Es que ustedes hagan que mi último periodo no tenga acontecimientos y sea lo *más feliz* posible.



Esto fue recibido con un montón de risas, pero cuando James miró alrededor de la habitación vio muchas caras mostrando lo que él sentía: sorpresa, incomodidad y consternación. La profesora McGonagall era actualmente el miembro más antiguo y prominente entre el personal de Hogwarts. Era difícil imaginar a Hogwarts sin que ella presidiera. Merlín podría ser el director actual, y él podría ocupar ese puesto por muchas décadas por venir, pero de alguna manera era simplemente el cerebro de la escuela. La profesora McGonagall era su corazón y alma, a pesar de su comportamiento eternamente severo e imperturbable.

La pasada melancolía de James volvió a manchar su mundo de nuevo, cubriéndolo como una nube de tormenta que cubre el sol de verano. No solo porque no podía imaginar un Hogwarts sin la profesora McGonagall, sino porque, antes de su entrevista con Rita Skeeter y su recordatorio sobre todas las formas en que el mundo mágico parecía estarse desintegrando, tenía un profundo temor que la petición de la profesora estaba condenada incluso antes de que el año hubiera empezado.

Ashley Doone levantó su mano de prisa. —¿Qué hará profesora? —McGonagall sacudió lentamente su cabeza, todavía sonriendo débilmente. —No tengo la menor idea, señorita Doone, —respondió ella. —Y eso mis queridos jóvenes amigos... es el sentimiento más maravillosamente liberador en el mundo.

Al percibir el final de la reunión, los estudiantes comenzaron a moverse y murmurar. McGonagall levantó su voz una vez más. —Un último pedido antes que se dirijan a las mesas de sus respectivas casas. —dijo rápidamente. —Muchos de ustedes se habrán enterado en el tren sobre quiénes serán los Premios Anuales de este año...

—Solo sé que no soy yo, —murmuró James, sonriendo a Ralph. —Y hurra por eso, a pesar de lo que mi mamá pudo haber querido.

—Erm, —dijo Ralph, viéndose repentinamente incómodo.

—La Premio Anual de este año, —McGonagall aclamó mientras los estudiantes se paraban y se movían inquietos hacia la puerta. —Es la señorita Fiona Fourcompass de la casa de Ravenclaw. Y el Premio Anual será el señor Ralph Deedle, de Slytherin. Confío que ustedes dos ya hayan hablado con los nuevos prefectos de este año en el tren, explicándoles sus deberes y el rol que cumplirán ustedes con ellos.



Ralph asintió solemnemente a la profesora mientras James se quedó boquiabierto ante él, atónito. —Fue lo primero, señora. —le reportó. —Justo como lo decía la carta.

—¿Por qué no me dijiste? —gritó James mientras la reunión terminaba al fin y estaban atrapados en la puerta. —Una cosa es que fueras prefecto en el quinto año... ¡Te juro que me tomó todo este tiempo acostumbrarme a *eso*! ¿¡Pero ser el Premio Anual!?

—Por *eso* no te lo dije, —Ralph puso sus ojos en blanco. —Sabía que harías de esto un asunto muy peludo.

—¡Es un asunto muy peludo! —farfulló James. —¿Desde cuándo te las arreglas para ese tipo de responsabilidades?

—¿A qué te refieres? —Ralph parecía levemente herido. —Siempre he sido responsable. Todas esas veces que tú, Zane y Rose se dirigían a sus tontas aventuras, ¿quién era el que se quedaba atrás y era cuidadoso?

—Tú no estabas siendo cuidadoso, —James puso sus ojos en blanco. —Estabas muy asustado que *no* es lo mismo.

—Mira, —dijo Ralph deteniéndose al lado de la puerta y volteando a ver a James. —Todos ustedes estaban preocupados de que cuando me convirtiera en prefecto, apagaría toda la diversión. ¿Eso pasó?

—¡Totalmente! —susurró James con dureza. —¡Nos hiciste regresar a tiempo cada fin de semana en Hogsmeade. Te asegurabas de que no pudiéramos ir con el resto de los Gremlins cuando tenían sus reuniones secretas de fiesta. Le dijiste a mi madre que me había roto las gafas *y* me regañabas para que las utilizara en clase, ¡solo porque ella te lo pidió! ¡Incluso le dijiste a Zane que dejara de aparecer a todas horas cuando él y el equipo experimental de comunicaciones mágicas tenían una nueva técnica para probar!

—Me despertó a las dos de la mañana flotando sobre mi cama, —puntualizó Ralph. —Quiero decir, la diversión es divertida, pero casi hizo que me mojara encima, lo juro.

—Prométeme que esto no se te subirá a la cabeza Ralph. —insistió James, mirando al chico que era más grande que él.

—No pasará y no ha pasado. —Ralph proclamó, endureciendo su mandíbula y enderezándose hasta su prodigiosa altura. Un momento después, se desplomó de



nuevo a su postura normal. —Además, hice que nos mantuviéramos alejados de cualquier predicación de desafío de muerte y de cualquier evento que pudiera destrozarse la tierra durante dos años enteros. Y ni siquiera me lo agradecieron.

James exhaló un suspiro y se relajó. —No estoy seguro de cuánto crédito puedas tomar por eso, exactamente. —él negó con la cabeza.

Cuando finalmente entraron en el ruido del Gran Comedor y encontraron sus asientos, James estaba interesado en ver al fantasma de Cedrick Diggory cerca de la cabecera de la mesa de Hufflepuff, contándoles una historia aparentemente fascinante a los estudiantes más jóvenes. Probablemente los estaba entreteniéndolos con cuentos de su experiencia durante el legendario Torneo de los Tres Magos, que era su tema favorito desde que se convirtió en el fantasma oficial de la Casa de Hufflepuff.

—A veces extraño al Fraile Gordo, —comentó Graham tomando un puñado de rollos de un plato cercano. —Desde que se jubiló, los Hufflepuff se han estado sintiendo superiores con nosotros por su nuevo fantasma.

Scorpius sacudió su cabeza en dirección a Cedrick y se burló. —Ciertamente es bastante presuntuoso para ser el "Espectro del Silencio"

Rose chasqueó su lengua con gracia. —Los celos son una emoción fea. Creo que es maravilloso que Cedrick finalmente haya encontrado nuevos amigos y un propósito. —ella le devolvió la mirada por encima del hombro y luego se desinfló ligeramente cuando se volvía. —Incluso si solo nos recuerda que la casa de Gryffindor no tiene ningún fantasma en absoluto.

—¿Cómo funciona eso de todos modos? —preguntó Cameron Creevey desde más adelante en la mesa. —Quiero decir, es tradición que todas las casas tengan uno, ¿cierto? Slytherin tiene al Barón Sanguinario. Ravenclaw tiene a la Dama Gris...

—No es como si se pudiera pedir un nuevo fantasma de un catálogo de pedidos por correo. —se quejó Graham. —Pero aun así. Es una verdadera decepción entrar en nuestro último año sin fantasma de Gryffindor, incluso si el viejo Nick Casi Decapitado fuera a veces un poco loco.



—Hablando de los de último año, —Rose se animó, bajando su voz de manera conspiratoria e inclinándose ansiosamente hacia James. —¿Y tu gran reunión con McGonagall? ¿Qué clase de secretos les comunicó? ¡Puedes decirme!

James sacudió su cabeza con firmeza. —Todos juramos secretismo. En serio. Tengo prohibido decirte cualquier cosa.

—Vamos, —dijo Rose y luego entornó sus ojos con astucia. —Probablemente ya lo sepa todo. Solo quiero ver lo mucho de lo que finalmente te han informado.

—Tendrás que esperar hasta el séptimo año. —respondió James levantando la barbilla en lo que él esperaba fuera con estilo y superioridad.

Rose puso los ojos en blanco y respiró hondo para replicar, pero en ese momento la profesora McGonagall llamó la atención sobre la ceremonia anual de Selección. James volvió su atención hacia la mesa principal, agradecido por la distracción.

La profesora McGonagall, sosteniendo el sombrero seleccionador en su mano sobre un taburete de madera, llamó a los estudiantes más nuevos a la tarima. Cuando llegaron, cada uno más tentativo y nervioso que el anterior, la profesora bajó el sombrero sobre sus cabezas y después de un momento o un minuto, el sombrero proclamaba en voz alta y sonora, su nueva casa. A su vez, las casas aplaudieron a sus nuevos miembros y les dieron las bienvenidas a sus mesas.

Mientras James miraba, apenas podía creer lo jóvenes que se veían los de primer año. Él estaba ahora en el otro extremo de ese espectro... a sus ojos, seguramente él se veía como el de séptimo año imposiblemente más viejo y experimentado. Recordó estar en sus zapatos, pensando cuán altos y adultos se veían los de séptimo año. Si tan solo hubiera sabido lo que sabía ahora: que los de séptimo año no eran realmente más seguros ni distantes que los de primer año. Solo tenían más años de práctica *pretendiendo serlo*.

Nuevamente, James recordó la declaración que la profesora McGonagall hizo en la antecámara. Esta, increíblemente, sería su última ceremonia de Selección. ¿Quién se haría cargo de esto en los próximos años? ¿Merlín, tal vez? ¿O uno de los otros maestros más antiguos, como el profesor Flitwick o incluso Neville Longbottom? Tan fuerte como lo intentó, simplemente no podía imaginar a nadie más sosteniendo el Sombrero por su punta y leyendo los nombres con esa cortante y severa voz.

Entonces, otro pensamiento algo desalentador se le ocurrió a James: El Sombrero Seleccionador no había cantado una canción antes de sus funciones este año.

Era tradición que el sombrero le otorgara una canción a los estudiantes que esperaban que tuviera alguna letra divertida, o puede que profunda que había inventado entre sus deberes anuales. Y sin embargo, durante el primer año de James no se había pronunciado con su canción habitual. Tampoco, al parecer, lo planeaba para este año. Por supuesto, como James había pensado una vez antes, después de tantos siglos de servicio, uno podía perdonar al Sombrero por tomar un año de descanso. Pero le pareció especialmente preocupante que, por alguna razón, su primer y último año quedarían marcados sin tal diversión musical.

Cuando la clasificación finalmente terminó y la profesora McGonagall se llevó el Sombrero junto con ella a la mesa principal, el Gran Comedor entero tuvo una ronda de emotivos aplausos, en parte por darle la bienvenida a sus nuevos compañeros de casa y en parte por celebrar que la programación de la noche oficialmente estaba cerca de terminar y todos podrían ir pronto a sus respectivas salas comunes para las meriendas menos formales de la Primera Noche. El único detalle inacabado era el anuncio oficial de inicio de periodo del director Merlín, de quien James sabía por experiencia sería breve y muy puntual.

—He oído que Ralph fue nombrado como Premio Anual, —le susurró Rose al oído de James mientras los aplausos llenaban el salón. —¿Estás celoso?

James miró a su prima con seguridad de que estaba bromeando. Las cejas levantadas y el entrecejo fruncido de Rose le dieron a entender que no era así.

—Por supuesto que no estoy celoso, —James sacudió su cabeza con fervor. —Eso es estúpido. ¿Por qué alguien querría ser el Premio Anual?

—Nadie se convierte en el Premio Anual porque *quiera* serlo, —susurró Rose mientras los aplausos se apagaban. —Lo hacen debido a las personas que quieren eso *para* ellos y por las expectativas que lo confirman. La gente espera que Ralph tenga ambiciones porque su padre se ha vuelto importante en el Ministerio estos días. Pero también tu padre, si no lo has notado.

La habitación cayó en silencio con las últimas palabras de Rose, impidiendo cualquier respuesta por parte de James. De repente, él no sabía cuál sería su respuesta.



Le frunció el ceño a Rose, pero ella simplemente miró más allá de él volviendo su atención al director mientras se posicionaba en el ornamentado podio dorado. James se giró con algo de descontento para mirar también.

—Saludos estudiantes, —Proclamó el gran hombre con su profunda y retumbante voz, que se elevaba sobre el podio con sus ropas de oro, con la barba peinada y reluciente por el exótico aceite que usaba para ocasiones especiales. Su pesada mirada vagaba por encima de los estudiantes reunidos, registrando cada rostro. —Y bienvenidos a un nuevo año de lecciones, camaradería y deporte en la escuela de Magia y Hechicería de Hogwarts. Para los nuevos estudiantes, soy el Director Merlinus Ambrosius. Nos ahorraremos mucho tiempo y atención diciendo, como siempre: pueden buscar a sus compañeros de clase más antiguos para que les informen de cómo hacemos las cosas aquí en un día a día. Ese es su deber y honor. Haced uso de los recursos que se os ha concedido y si alguno se reusa o los guía de manera errada, deberán informarme para que yo corrija personalmente a estos individuos sobre el error de sus proceder. Nuestras reglas generales son pocas pero cuidadosamente aplicadas: El Bosque Prohibido está prohibido por una razón. Si rompen esta regla el resultado será al menos instructivo, siempre y cuando no sea mortal. El toque de queda es a las diez en punto en horario escolar y a las once y media los fines de semana y días festivos. Nuestro querido señor Filch ha sido autorizado para llevar a cabo los castigos que él juzgue adecuados para aquellos que ignoren este horario y no deben hacerse ilusiones sobre la creatividad que suele precisar en el desempeño de sus funciones.

Mientras el director habló, asintió hacia la parte trasera del salón, donde el señor Filch estaba de pie, como era de costumbre, cerca de las puertas principales, acariciando lentamente la cabeza de su antigua Kneazle-gata enrollada en sus brazos. Filch asintió como confirmación que era más un ceño fruncido que una sonrisa. James había aprendido en los últimos dos años que, sorprendentemente, Filch y Merlín eran casi hermanos de sangre en su enfoque de la ley y el orden. Merlín mantuvo en vigilancia al viejo celador, principalmente dándole rienda suelta a las pequeñas responsabilidades que le fueron concebidas.

—Para concluir, —siguió el director, bajando su barbilla para mirar fijamente a la multitud reunida. —Habrán notado, tal vez, algunos cambios en nuestro personal durante el verano. Nuestro muy respetado maestro de encantamientos, el profesor Filius Flitwick, finalmente sucumbió ante las exigencias de su musa, la elección de pasar

el resto de sus años en la búsqueda de su arte y la taza de té oolong perfecta. Él todavía nos honrará con su presencia en ciertas ocasiones especiales. Mientras tanto, confío en que le ofrecerán un sincero saludo a su nuevo maestro de encantamientos, el profesor Donofrio Odin-Vann, graduado de estas prestigiosas salas y un valioso nuevo miembro de nuestro personal docente.

Un tibio y confuso aplauso recorrió la habitación mientras las cabezas se levantaban para encontrar al nuevo maestro en la mesa del personal. James se sorprendió al ver que el nuevo maestro de encantamientos parecía ser el joven que había vislumbrado ese mismo día en el tren. Se puso en pie tentativamente en el extremo de la mesa, sonriendo levemente y levantado una mano saludando apreciativamente. Llevaba cabello oscuro y corto y una pequeña y puntiaguda perilla (barba de chivo) que en casi cualquier otro hombre lo haría parecer malvado. En él, sin embargo, parecía simplemente forzado y artificial, algo así como si el joven profesor estuviera intentando demasiado sembrar una imagen elegante. A James le gustaba, a pesar de su evidente juventud e incomodidad. O tal vez era por eso.

—Y con eso, estudiantes, —proclamó Merlín, levantando sus dos gruesas manos. — La parte inicial de la celebración de inicio de periodo queda concluida. Siéntanse libres de terminar sus comidas y regresar a sus dormitorios, donde estoy seguro...

Un sonido súbito e inesperado resonó por la habitación, proveniente de las altas puertas de madera en la parte trasera de la sala. Merlín hizo una pausa, frunciendo el ceño ligeramente ante la interrupción. Por un momento, un silencio pétreo inundó el vestíbulo. Y entonces las puertas volvieron a sonar de nuevo como si alguien golpeará desde el exterior y el ruido se amplificó por la acústica natural de la sala. Al oír el sonido, las puertas se abrieron, como si fueran empujadas desde el exterior.

Filch miró con atención, con una mirada alerta y cuidadosa, cuando las puertas comenzaron a abrirse.

Revelando detrás de ellas, con ojos muy abiertos y preocupados detrás de un par de anteojos negros, estaba un hombre de mediana edad vestido con un polo rosa y unos pantalones vaqueros bajo una chaqueta ligera. Con su puño derecho levantado en gesto de golpe. Junto a él había una corpulenta mujer con una masa de voluminoso cabello color castaño y un bolso colgado en uno de sus hombros de manera protectora. Dos



niños se pararon detrás de ella, un niño y una niña, cada uno miraba alrededor de sus prodigiosas caderas.

—Lo siento, —dijo el hombre, con sus adenoides convirtiendo la frase en un eco nasal en torno al repentino silencio del salón. —La señora y yo... parece que nos hemos perdido un poquito. Vimos las, um, luces de este domicilio desde abajo y, la señora, ella sugirió que nos presentáramos y... er... pidiéramos una dirección.

Todos los ojos miraron hacia atrás en completo silencio y asombro. El propio Merlín parecía, tal vez por primera vez desde que James lo había conocido, completamente sin palabras.

El hombre con anteojos respiró hondo y miró a su alrededor, claramente intentando darle sentido a la escena ante él, y fracasó desgraciadamente.

—¿Puede alguno de ustedes, —preguntó con voz quejumbrosa, aclarándose la garganta contra el eco de sus palabras. —Indicarnos apropiadamente la dirección hacia los lagos de Killarney? Solo tenemos reservaciones para las siete en punto, verán, y... — su voz finalmente se desvaneció cuando la extrañeza de lo que vio finalmente lo abrumó.

El fantasma de Cedrick Diggory, que se acercaba al final de la mesa de Hufflepuff, notó que la mujer del hombre lo miraba fijamente, con sus ojos tan abiertos que la parte blanca era completamente visible en su contorno. Sus dedos temblaban en la base de su garganta. Sus labios se estremecieron en shock sin habla.

—¿Bu? —dijo Cedrick, levantando una mano y moviendo sus dedos hacia ella.

Ponderosamente, la mujer cayó hacia atrás en un muerto y pesado desmayo.

—Parece señor celador, —dijo finalmente Merlín con una voz completamente distinta que antes, mirando al señor Filch, donde todavía estaba junto a las puertas traseras. —Que tenemos huéspedes Muggles bastante inesperados. Por favor, asegúrese de que se sientan perfectamente... *en casa*.

